

Sigo aquí

A\*



**Maggie O'Farrell**

Sigo aquí

Diecisiete roces con la muerte

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Primera edición, 2019  
Título original: *I Am, I Am, I Am*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 Maggie O'Farrell

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Valeriya Korenkova  
Fotografía de la autora: © Murdo MacLeod, 2017

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-71-3  
Depósito legal: B. 1.947-2019  
Impreso por Liberdúplex  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño de colección: Enric Jardí  
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*a mis hijos*



Algunos nombres, descripciones y lugares se han cambiado para proteger la identidad de quienes tal vez no desearan verse en un libro.

Algunos fragmentos de este libro vieron la luz por primera vez en otro formato en las siguientes publicaciones:

—fragmentos de «Hija», en *Guardian Weekend*, mayo de 2016,

—fragmentos de «Recién nacida y torrente sanguíneo», en *Good Housekeeping*, febrero de 2007,

—fragmentos de «Abdomen», en *The Guardian*, mayo de 2004.



## Índice

1. Cuello (1990)	15
2. Pulmones (1988)	35
3. Columna, piernas, pelvis, abdomen, cabeza (1977)	47
4. Todo el cuerpo (1993)	57
5. Garganta (2002)	71
6. Abdomen (2003)	81
7. Recién nacida y torrente sanguíneo (2005)	97
8. Pulmones (2000)	117
9. Sistema circulatorio (1991)	127
10. Cabeza (1975)	137
11. Cráneo (1998)	147
12. Intestinos (1994)	153
13. Sangre (1997)	165
14. Causa desconocida (2003)	177
15. Pulmones (2010)	187
16. Cerebelo (1980)	199
17. Hija (Hoy en día)	235
Agradecimientos	267
Créditos de las ilustraciones	269



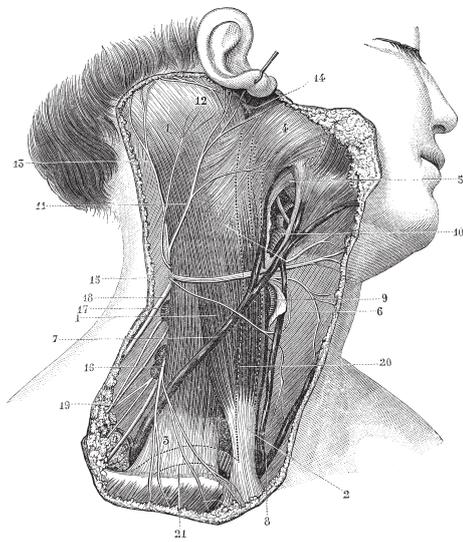
Respiré hondo y oí la consabida fanfarronada de mi  
corazón. Sigo aquí, sigo aquí, sigo aquí.

SYLVIA PLATH, *La campana de cristal*



# Cuello

1990





Más adelante, en el camino, un hombre sale de detrás de una piedra grande.

Estamos los dos en la orilla de un lago oscuro oculto en la artesa que forma la cumbre de esta montaña. El cielo es de un azul lechoso; aquí, tan arriba, no hay vegetación, y solo estamos él y yo, las piedras y el agua quieta y negra. Se planta en medio del camino con sus botas, las piernas separadas, y sonrío.

Me doy cuenta de varias cosas: que lo he adelantado hace un rato abajo, en la cañada, donde nos hemos saludado amable y brevemente, como se suele hacer en los paseos por el campo. Que en este remoto tramo de senda no puede oírme nadie. Que me estaba esperando: lo ha planeado todo al detalle, meticulosamente, y he caído en la trampa.

Todo esto lo veo en un instante.

Ese día (un día en el que estuve a punto de morir) empezó temprano para mí, con el despertador cacareando

como loco al lado de la cama tan pronto como amaneció. Me puse el uniforme, salí de la caravana y bajé de puntillas los peldaños de piedra hasta la solitaria cocina; encendí los hornos, las máquinas de café, las tostadoras, corté en rebanadas cinco panes grandes, llené los hervidores y doblé cuarenta servilletas de papel en forma de orquídea con los pétalos abiertos.

Acabo de cumplir dieciocho años y he logrado escaparme de todo: de casa, del instituto, de mis padres, de los exámenes, de esperar los resultados de los exámenes. He encontrado trabajo lejos de la gente que conozco en un lugar que se anuncia como «retiro alternativo holístico», al pie de una montaña.

Sirvo el desayuno, retiro los platos, limpio las mesas, recuerdo a los huéspedes que dejen la llave. Voy a las habitaciones, hago las camas, cambio las sábanas, limpio. Recojo del suelo ropa, toallas, libros, calzado, aceites esenciales y alfombrillas de meditar. De lo que me cuentan los objetos esparcidos en cada habitación aprendo que las personas no siempre son lo que parecen. El hombre sentencioso y exigente que se empeña en ocupar una mesa determinada, pedir un jabón en concreto y leche completamente desnatada tiene predilección por los calcetines suaves de lana y cachemira y la ropa interior de seda con estampados exuberantes. La mujer que se sienta a comer con la blusa perfectamente abotonada, los párpados entornados y la permanente crecida tiene un alter ego nocturno que juega con parafernalia sadomasoquista de inspiración ecuestre: arreos para seres humanos, diminutas sillas de montar de cuero, un látigo de plata fino pero cruel. La habitación de la pareja de Londres que parece maravillosa y envidiablemente perfecta

(en la mesa se dan la mano, las tienen muy bien cuidadas; se ríen mientras pasean al anochecer, me ensañan fotos de su boda) rezuma a la vez tristeza, esperanza y sufrimiento. Hay medidores de ovulación en todos los estantes del cuarto de baño y medicamentos para la fertilidad en las mesitas de noche. No los toco; como si les dejara un mensaje: esto no lo he visto, no lo sé. No sé nada.

Me paso la mañana seleccionando, organizando y facilitando la vida a los demás. Limpio rastros humanos, borro todas las pruebas de que han comido y dormido, han hecho el amor, han discutido, se han lavado, se han vestido, han leído la prensa, han perdido cabello, piel, pelos, sangre y uñas de los pies. Quito el polvo, recorro los pasillos arrastrando la aspiradora detrás de mí con un cable largo. Después, cuando se acerca la hora de comer, con un poco de suerte dispongo de cuatro horas para hacer lo que quiera antes del turno de noche.

Hoy he aprovechado para dar un paseo hasta el lago, como hago a menudo en mi tiempo libre, y en esta ocasión, por algún motivo, he preferido ir por otro camino. ¿Por qué? No me acuerdo. A lo mejor ese día he terminado las tareas más temprano, a lo mejor los huéspedes han ensuciado menos de lo habitual y he podido salir antes del trabajo. A lo mejor el sol y el día despejado me han incitado a cambiar de ruta.

En esa época de mi vida tampoco tenía motivos para desconfiar del campo. Había ido a clases de defensa personal en el centro social de la pequeña localidad marítima escocesa en la que pasé la adolescencia. El profesor, un hombre que parecía un barril ataviado con traje de judo, nos proponía escenas de un sorprendente gusto gótico. «Es de noche, vuelves de un pub —decía, mirán-

donos de una en una, con aquellas cejas exageradamente pobladas— y un tipo enorme sale de pronto de una calleja y te agarra.» O: «Estás en el pasillo estrecho de un club nocturno y un borracho te acorrala contra la pared». O: «Es de noche, hay niebla, estás esperando a que cambie el semáforo, notas un tirón en la correa del bolso y te empujan contra el suelo». Estas situaciones de peligro terminaban siempre con la misma pregunta, planteada con cierto regodeo: «¿Qué haces?».

Practicábamos la forma de golpear al asaltante imaginario en la garganta, con el codo, y poníamos los ojos en blanco, porque al fin y al cabo éramos adolescentes. Ensayábamos por turnos el grito más fuerte que éramos capaces de dar. Obedientes, sin entusiasmo, repasábamos los puntos débiles de la anatomía masculina: ojos, nariz, garganta, ingle, rodillas. Creíamos que lo dominábamos, que podíamos enfrentarnos al desconocido que acechaba, al borracho que nos atacaba, al ladrón que nos asaltaba. Estábamos seguras de que podíamos deshacernos de ellos, levantar la rodilla, arañarles los ojos con las uñas; contábamos con una salida fácil que nos permitía zafarnos de estas sinopsis peligrosísimas y a la vez emocionantes. Se nos enseñaba a hacer ruido, a llamar la atención, a gritar: «¡POLICÍA!».

Creo que al mismo tiempo se nos inculcaba un mensaje claro. Callejón, club nocturno, pub, parada de autobús, semáforos: el peligro era urbano. En el campo, en localidades rurales como la nuestra, en las que no había clubs nocturnos ni callejas, ni siquiera semáforos, no pasaban esas cosas. Podíamos hacer lo que quisiéramos.

Y a pesar de todo, ahí está ese hombre, en la cima de la montaña, cerrándome el paso, esperándome.

Es importante que no vea que tengo miedo, seguirle el juego. Así que sigo andando, poniendo un pie delante de otro. Si diera media vuelta y echara a correr, me alcanzaría en segundos y la verdad quedaría al desnudo, irremediablemente. Los dos sabríamos en qué clase de situación nos encontramos; eso precipitaría los acontecimientos. Parece que la única opción es seguir como si tal cosa, fingir que todo es perfectamente normal.

—Hola otra vez —me dice.

Y de una mirada me repasa la cara, el cuerpo, las piernas, que llevo al aire y manchadas de barro. Es una mirada más apreciativa que lasciva, más calibradora que libidinosa: es la mirada de un hombre que piensa en algo, que planea una logística con un propósito concreto.

No cruzo la mirada con él, no puedo mirarlo directamente, no del todo, pero percibo que tiene los ojos bastante juntos, que es bastante alto, que los dientes son de color marfil, que agarra con fuerza los tirantes de la mochila.

Tengo que carraspear para decir «Hola». Creo que hago un gesto de asentimiento. Me pongo de lado al cruzarme con él: una mezcla fuerte de sudor fresco, cuero de la mochila y una loción de afeitado muy química que me resulta vagamente familiar.

Lo rebaso, me alejo, la senda está despejada delante de mí. Me doy cuenta de que ha elegido el punto más elevado del camino para su emboscada: hasta este momento todo ha sido ascenso y justo en este punto empezaré a bajar la montaña en dirección a la casa de huéspedes, al turno de noche, al trabajo, a la vida. A partir de aquí todo es cuesta abajo.

Pongo atención en andar con confianza, con seguridad, sin miedo, «no tengo miedo», me lo digo para acallar el rugido oceánico del pulso. Pienso que quizá me haya librado, que quizá haya malinterpretado la situación. Que quizá sea normal acechar a jovencitas en caminos remotos y después dejarlas marchar.

Tengo dieciocho años. Recién cumplidos. No sé prácticamente nada.

Lo que sí sé es que está justo detrás de mí. Oigo sus pasos, el roce del tejido transpirable e impermeable de sus pantalones.

Y aquí está otra vez, pisándome los talones. Se arrima mucho a mí, íntimamente, con el brazo a la altura de mi hombro, como un amigo, como volvía yo de clase con mis compañeras.

—Hace un día precioso —dice, mirándome a la cara.

Yo sigo con la cabeza gacha.

—Sí —digo—, precioso.

—Hace mucho calor. A lo mejor me doy un baño.

Pronuncia de forma peculiar; me doy cuenta mientras andamos a paso rápido, sincronizados. Hace pausas en mitad de las sílabas; las erres son suaves; las tes, exageradas; el tono, plano, casi inexpresivo. A lo mejor está un poco tocado del ala, como se suele decir, igual que el hombre que vivía en nuestra calle, un poco más abajo. No había tirado nada desde la guerra y tenía el jardín de delante invadido de hiedra, como el castillo de la Bella Durmiente. Jugábamos a adivinar lo que eran algunos de los objetos cubiertos de hojas: ¿un coche, una valla, una moto? Llevaba gorros de punto, camisetas estampadas sin mangas y trajes elegantes pero viejos que le quedaban pequeños, cubiertos de pelos de gato. Cuan-

do llovía se protegía los hombros con una bolsa de basura. A veces venía hasta nuestra puerta con un saco lleno de gatitos, para que jugáramos con ellos; de vez en cuando se emborrachaba, se ponía lívido, con ojos de loco, y empezaba a despotricar contra las postales que se perdían, y mi madre tenía que agarrarlo del brazo y llevarlo a su casa.

—Quedaos aquí —nos decía—, vuelvo en un segundo. Y se iba con él calle abajo.

A lo mejor, pienso, aliviada de pronto, no es más que eso. Este hombre puede ser como aquel vecino: excéntrico, diferente; murió hace tiempo, vaciaron su casa, la desinfectaron, cortaron la hiedra y la quemaron. Quizá tendría que ser amable, como mi madre. Tendría que ser compasiva.

Y me vuelvo hacia él sin dejar de andar a paso rápido, por la orilla del lago. Incluso sonrío.

—Un baño —digo—. Suena bien.

Responde echándome al cuello la correa de sus prismáticos.

Al día siguiente, más o menos, entro en la comisaría del pueblo cercano. Me pongo a la cola de los que van a denunciar carteras perdidas, perros extraviados, arañazos en el coche.

El policía del mostrador escucha con la cabeza ladeada.

—¿Le hizo daño? —es lo primero que me pregunta—. ¿Ese hombre la tocó, la golpeó, le hizo proposiciones? ¿Dijo o hizo algo ofensivo?

—No —digo—, no exactamente, pero...

—Pero ¿qué?

—Lo habría hecho —digo—, iba a hacerlo.

El policía me mira de arriba abajo. Llevo unos vaqueros remendados, con las perneras cortadas, varios aros de plata en las orejas, zapatillas deportivas gastadas, una camiseta con un dibujo de un dodo y la inscripción «¿Has visto a este pájaro?». Tengo una pelambreira (no se puede llamar de otra manera) asilvestrada en la que una huésped, una holandesa de rostro sereno que llegó a la casa con un arpa y una bolsa de fieltro, ha entrelazado cuentas y plumas. Parezco lo que soy: una adolescente que vive sola por primera vez en una caravana, en un bosque, en medio de ninguna parte.

—Entonces —dice el policía, apoyándose en los papeles con todo su peso—, fue usted a dar un paseo, se encontró con un hombre, pasearon juntos, él era un poco raro, pero usted llegó a casa sana y salva. ¿Es eso lo que me ha contado?

—Me puso la correa de los prismáticos alrededor del cuello —digo.

—Y ¿qué pasó después?

—Me... —me corto, no soporto a este hombre de cejas gruesas y barriga cervecera ni sus dedos rechonchos que no paran quietos. Lo aborrezco más, si cabe, que al de la montaña—. Me enseñó unos patos que había en el lago.

El policía no se molesta siquiera en disimular una sonrisa.

—Bien —dice, y cierra el libro de golpe—. Debió de ser terrorífico.

¿Cómo darle a entender que había sentido la violencia que irradiaba el hombre? He repasado una y otra vez aquel momento en el mostrador de la comisaría preguntándome si podía haber hecho las cosas de otra manera, si podía haber dicho algo que hubiera cambiado lo que sucedió después.

Podía haber dicho: «Quiero hablar con su superior, quiero ver a la persona que esté al cargo». Ahora, a los cuarenta años, es lo que habría hecho, pero ¿en aquel momento? Ni se me pasó por la cabeza.

Podía haber dicho: «Oiga, ese hombre no me hizo daño, pero se lo hará a otra persona. Por favor, búsqenlo antes de que sea tarde».

Podía haber dicho que intuyo cuándo va a desatarse la violencia. Que durante mucho tiempo parecía que la incitara yo por motivos que nunca entendí del todo. Si te pegan o te golpean de pequeña, jamás olvidas la sensación de impotencia y vulnerabilidad, ni cómo una situación puede transformarse de benigna en brutal en un abrir y cerrar de ojos, en lo que se tarda en coger aire una sola vez. Esa sensibilidad se cuela en las venas como un anticuerpo. Enseguida se aprende a reconocer que se aproxima uno de esos actos repentinos contra una misma: es un tono, una vibración en el ambiente. Se desarrolla un sexto sentido para la violencia y, al mismo tiempo, un repertorio de formas de evitarla.

La escuela en la que estudié parecía empapada de violencia. La amenaza llenaba como humo los pasillos, las salas, las aulas, los espacios entre pupitres. Se repartían cachetes, tirones de orejas; se lanzaban tizas con puntería hiriente. Un profesor tenía la costumbre de levantar por la cinturilla de los pantalones a los chicos que no le

gustaban y lanzarlos contra la pared. Todavía recuerdo el ruido de un cráneo infantil al chocar contra una baldosa victoriana.

En caso de falta grave, a los chicos los mandaban a la directora, que les aplicaba la vara. A las chicas les tocaba la zapatilla. Yo me miraba las mías (aquel calzado negro de tela, con una goma elástica a modo de cierre, que nos teníamos que poner para saltar el potro en gimnasia) y, sobre todo, miraba las suelas grisáceas y acanaladas, y me imaginaba el impacto de la goma sobre la piel desnuda.

La directora provocaba un temor imponente: el cuello nervudo, las manos como garras de ave, los pañuelos prendidos al jersey con un alfiler de plata; el despacho de paredes oscuras y alfombra de color vino. Si me mandaban allí para comprobar mis progresos en lectura, me quedaba mirando esa alfombra y me imaginaba tener que ponerme ahí con la falda levantada, aguardando mi sino, preparándome para el golpe.

Esta violencia se contagiaba a los alumnos, naturalmente. Se llevaba mucho la tortura china, que consiste en retorcer la piel de la muñeca o el brazo como si fuera un trapo mojado hasta dejar unas marcas como de quemaduras. Tirones de pelo, pisotones, inmovilización de la cabeza, retorcimiento de dedos: un amplio repertorio de agresiones a disposición de los abusadores, que además se renovaba constantemente. Por desgracia, yo hablaba con un acento distinto, sabía leer antes de entrar allí, tenía, según me informaron, una pinta anormal, ofensiva, inaceptable por algún motivo, a mis faldas les habían subido y bajado el dobladillo demasiadas veces, era enfermiza y faltaba mucho a clase, tartamudeaba

cada vez que tenía que hablar en voz alta, mis zapatos no eran de piel, etc., etc. Recuerdo que un chico de mi clase me atrapó detrás de una marquesina de ladrillo y, sin mediar palabra, me levantó por los tirantes del vestido hasta que se me abrió la piel de las axilas. Ni él ni yo volvimos a hablar nunca del incidente. Me acuerdo también de una chica mayor que llevaba un flequillo brillante y oscuro, y que un día, en el recreo, se plantó delante de mí y me restregó la cara contra un árbol. En primer curso de secundaria, un *skinhead* de doce años me soltó un puñetazo en la cara en plena clase de química. Todavía noto la cicatriz si me toco el labio con la punta de la lengua.

Así que, cuando el hombre me pasó la correa de los prismáticos por el cuello, y aunque decía que quería enseñarme una bandada de patos *eider*, supe lo que iba a suceder. Lo oí, prácticamente vi cómo cobraba cuerpo y brillaba en el aire que mediaba entre los dos. Ese tío era solamente uno más de la larga cadena de abusones que habían tomado ojeriza a mi acento, a mis zapatos o cualquier otra cosa (hacía ya mucho tiempo que no me preocupaba por eso), y ahora iba a hacerme daño. Tenía malas intenciones, quería machacarme la cabeza, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Pensé que lo mejor sería seguirle el juego de los patos. Sabía que era la única esperanza. Una no puede enfrentarse a un abusón; no se lo puedes decir a la cara; no puedes demostrarle que sabes lo que es.

Miré por los prismáticos un instante.

—¡Ah! —dije—. ¡Patos *eider*, qué bien!

Me desembaracé de la correa y me alejé. Me siguió, desde luego, intentando atraparme otra vez con la correa

negra de cuero, pero ahora yo estaba de cara a él, sonriendo, diciendo bobadas sobre los patos, sobre lo interesantes que eran, y que si harían los *eidredones* con sus plumas y por eso se llamaban así, porque los rellenaban con plumas de esos patos. Y que era fascinante. Que me contara más cosas, que me contara todo lo que supiera de esos patos, de los pájaros en general, de la observación de pájaros, por favor, cuánto sabe, qué sabio es usted, seguro que va a menudo a mirar pájaros, ¿verdad? Cuénteme más cosas, cuénteme algo de los pájaros más raros que ha visto, cuéntemelo mientras seguimos andando, porque ¿ya es esta hora, de verdad? Tengo que irme, tengo que bajar porque mi turno está a punto de empezar, sí, trabajo ahí mismo... ¿ve aquellas chimeneas? Trabajo allí. Está bastante cerca, ¿verdad? Ya me estarán esperando. A veces, si ven que me retraso, salen a buscarme, sí, mi jefe; estará esperándome. Él también sale a pasear por aquí, bueno, en realidad, todos los que trabajamos ahí. El jefe sabe que he salido, sí, seguro, sabe exactamente adónde he ido porque se lo dije yo, en cualquier momento saldrá a buscarme, seguro que está a punto de doblar la esquina de la casa. Seguro; vamos por aquí y, entretanto, ¿por qué no me cuenta más cosas sobre los pájaros? Sí, por favor. Me gustaría ir a verlos, pero tengo que darme prisa porque me están esperando.

Dos semanas más tarde, un coche de policía llega por el camino hasta la casa de huéspedes y se apean dos agentes, un hombre y una mujer. Los veo desde una ventana del piso de arriba, donde estoy embutiendo las almoha-

das en sus fundas. Inmediatamente sé lo que hacen aquí, a qué han venido y, antes de que me llamen a gritos, bajo las escaleras y voy a su encuentro.

Estos dos son muy distintos de los de la comisaría. Van de traje y su actitud es seria, centrada. Le enseñan a Vincent, mi jefe, la placa y unos documentos, siempre con el mismo gesto neutro, tan estudiado, al que están acostumbrados.

Quieren hablar conmigo a solas y Vincent los lleva a una habitación desocupada. Entra con nosotros porque tiene buen corazón y yo soy solo un poco mayor que sus hijos, cuyas voces y gritos se oyen en el jardín de atrás.

Me siento en una cama que he hecho por la mañana y el hombre se apoya en una mesa ornamental de mimbre en la que a algunos huéspedes les gusta tomar el té por la mañana; la mujer se sienta en la cama, a mi lado.

Vincent pulula por el fondo de la habitación musitando con desconfianza; finge que ajusta un cristal flojo de la ventana, que quita unas motas de polvo inexistentes de la repisa de la chimenea, que sacude la pala y el recogedor contra la rejilla de la chimenea. Se crio en la época hippie, es un superviviente de Haight-Ashbury, y no le gusta nada la pasma, como la llama él.

Los policías no le prestan la menor atención, pero de una forma civilizada, concentrados en su cometido. La mujer me dice que necesitan localizar a un hombre con el que me encontré hace poco dando un paseo y que si podría contarles exactamente qué fue lo que sucedió.

Se lo cuento. Empiezo por el principio, les digo que me lo había encontrado al comienzo del paseo, y que iba en dirección contraria a la mía, pero que de pronto apareció delante de mí.

—No sé cómo lo hizo —le digo—, porque no hay ningún atajo, que yo sepa.

Ellos asienten todo el tiempo y me escuchan con una atención mesurada, animándome a seguir. No me quitan la mirada de encima, son todo oídos. Cuando llego a lo de la correa de los prismáticos dejan de asentir. Siguen mirándome fijamente, sin pestañear, los dos. Es un momento raro, tenso. Creo que ninguno respiramos.

—¿La correa de los prismáticos? —pregunta el hombre.

—Sí —digo.

—¿Y se la echó al cuello?

Asiento. Apartan la mirada, la bajan; la mujer anota algo en su libreta.

Me pregunta, al tiempo que me pasa una carpeta, si no me importaría echar un vistazo a unas fotografías y decirles si reconozco al hombre en alguna de ellas.

Mi jefe interrumpe en ese momento. No puede evitarlo.

—No tienes que decirles nada, ¿eh?, no estás obligada.

—Y a continuación se dirige a ellos—: Ella no tiene obligación de decirles nada.

La mujer levanta la mano para pedirle que se calle en el momento en que señalo una fotografía con el dedo.

—Es este —digo.

Los inspectores miran la foto. La mujer vuelve a anotar algo. El hombre me da las gracias y guarda la carpeta.

—Ha matado a una persona —les digo—, ¿verdad?

Se miran de una forma que no sé interpretar, pero no abren la boca.

—Ha estrangulado a alguien con la correa de los pris-

máticos. —Miro primero a uno y después a la otra y lo sabemos, los tres lo sabemos—. ¿Es eso?

Vincent suelta un juramento en voz baja desde el otro extremo de la habitación. Después se acerca y me da su pañuelo.

La chica que murió tenía veintidós años. Era de Nueva Zelanda y estaba viajando de mochilera por Europa con su novio. Aquel día él se encontraba mal y se había quedado en el albergue mientras ella salía sola a hacer una caminata. El hombre la violó, la estranguló y la enterró en un hoyo poco profundo. Tres días más tarde descubrieron el cadáver cerca del camino por el que había paseado yo.

Lo sé porque lo leí en el periódico local la semana siguiente: los policías no quisieron decírmelo. Vi un titular en el escaparate del quiosco de prensa, entré a comprar un periódico, la foto de la chica estaba en primera plana. Tenía el pelo claro, sujeto con una cinta, una sonrisa amplia e inocente y era pecosa.

No exagero si afirmo que me acuerdo de ella muchas veces, si no todos los días. Soy consciente de la vida que le cortaron, la vida que le amputaron, mientras yo, no sé por qué motivo, pude seguir con la mía.

No llegué a saber si atraparon al tipo, si lo juzgaron, lo condenaron y lo metieron en la cárcel. Durante la entrevista, tenía la clara sensación de que los inspectores estaban a punto de dar con él, que ya lo tenían, que solo necesitaban que yo lo corroborase. Tal vez las muestras de ADN fueran irrefutables. Tal vez confesara. Tal vez hubiera testigos, otras víctimas, otros intentos fallidos

que sirvieran de pruebas en el juicio, pero a mí no me preguntaron nada más y era muy joven todavía, sospecho; todo me impresionó demasiado para seguir el desarrollo del caso, para llamar a la policía y preguntar qué había pasado, si lo habían encontrado, si lo habían encerrado. Me fui de allí poco después, así que nunca lo sabré. Todo esto sucedió mucho antes de la era en que la información está disponible al instante y en todas partes. He hecho muchas búsquedas, pero no he encontrado ni rastro de este caso en internet.

No sé por qué a mí me dejó escapar y a ella no. ¿A la otra chica le entraría pánico? ¿Echaría a correr? ¿Gritaría? ¿Cometería el error de decirle a la cara que era un monstruo?

Durante mucho tiempo soñé con el tipo aquel del camino. Se me aparecía con distintos disfraces, pero siempre con su mochila y los prismáticos. A veces, entre las tinieblas y la confusión del sueño, lo reconocía solo por estos dos accesorios y pensaba: «Ah, eres tú otra vez, ¿no? ¿Has vuelto?».

No es fácil poner en palabras esta historia. La verdad es que nunca la había contado; bueno, hasta ahora. En aquel momento no se la conté a nadie, ni a mis amigos ni a mi familia: no encontraba la manera de traducir lo sucedido a gramática y sintaxis. Ahora que lo pienso, se lo conté a una sola persona, precisamente al hombre con el que me casaría más adelante, pero tardé muchos años en hacerlo. Fue en Chile, una noche, cuando estábamos en el comedor de un albergue. Le causó una impresión tan profunda y visceral (se lo vi en la cara) que supe que jamás volvería a contárselo a nadie verbalmente, nunca en toda mi vida.

Lo que le sucedió a aquella chica y estuvo a punto de sucederme a mí no se puede contar a la ligera, ni estructurar como una anécdota ni transformar en una forma definitiva que acabe por resultar familiar a fuerza de repetirla muchas veces en la mesa o por teléfono y que corra por ahí de boca en boca. Al contrario, es una historia de horror, de maldad, de lo peor que uno pueda imaginarse. Es una historia que hay que encerrar a cal y canto en algún sitio sin palabras, un sitio oscuro al que nunca vaya nadie. La muerte me pasó rozando en aquel camino, tan cerca que la noté, pero se apoderó de la otra chica y se la llevó a ella, no a mí.

Todavía no soporto que me toquen el cuello, ni siquiera mi marido o mis hijos, ni un médico amable, como el que en una ocasión quiso palparme las amígdalas. Me aparto bruscamente sin saber siquiera por qué. Jamás me pondré nada alrededor del cuello, ni pañuelos, ni polos, ni gargantillas ajustadas, ni blusas o camisetas que me aprieten la garganta.

Hace poco, mi hija señaló la cima de una montaña que se veía desde el camino a la escuela.

—¿Podemos subir allí algún día?

—Claro —le dije, mirando la cumbre verde.

—¿Tú y yo solas?

Me quedé un momento en silencio.

—Podemos ir todos —le dije—, toda la familia.

Atenta como siempre al estado de ánimo de los demás, enseguida captó que le ocultaba algo.

—¿Por qué no tú y yo solas?

—Porque... seguro que a los demás también les apetece.

—Pero ¿por qué no tú y yo solas?

Porque, pensaba yo, porque ni siquiera soy capaz de empezar a decírtelo. Porque no soy capaz de nombrarte los peligros que acechan a la vuelta de las esquinas, en las curvas de los caminos, detrás de las peñas, en los bosques enmarañados. Porque tienes seis años. Porque en el mundo hay gente que quiere hacerte daño y nunca sabrás por qué. Porque todavía no sé cómo explicarte estas cosas. Pero un día sabré.